



XV

SE RÍAN las diez de la noche, cuando Gilberto dispuso los preparativos de su expedición. No tenía que temer que le sorprendieran en su tarea: las noches le pertenecían, era cosa convenida entre él y el conde. Luego acababa de oír cómo cerraban la gran puerta del corredor. Por el lado del terraplén, el espeso ramaje de los árboles le ocultaba á los perros guardianes, que á maliciarse la aventura, podrían dar la voz de alarma. Tampoco había nada que temer por el lado del cerro: sólo acudía allí la pastora, y ésta no tenía costumbre de pasearse tan tarde con sus cabras por entre las peñas. Por otra parte, la noche serena, pero sin luna, se mostraba propicia; no se percibía otra claridad que la de las brillantes estrellas que debían ayudarle á guiar sus pasos, sin inquietarle ni hacerle traición; el aire estaba tranquilo; la brisa casi imperceptible movía á intervalos las hojas de los árboles, sin agitar las ramas. Gracias á ese concurso de circunstancias favorables, la empresa de Gilberto no era desesperada; á pesar de esto, media éste los peligros que iba á arrostrar.



Sonaron las diez en el reloj del castillo, apagó la luz y abrió la ventana. Largo rato estuvo de codos en ella. Su vista se acostumbró á la oscuridad, y á la luz de las estrellas empezó á reconocer sin esforzarse la forma real y positiva de los objetos que le rodeaban. La ventana estaba dividida en dos huecos iguales por un crucero de piedra, y tenía delante ancho anaquel de basalto que rodeaba una balaustrada. Gilberto sujetó fuertemente la escala de cuerda al crucero y á un balaústre del lado izquierdo; luégo se encaramó sobre el reborde de basalto y se mantuvo de pié en él durante algunos instantes, contemplando en silencio el precipicio. En la garganta sombría y vaporosa en que se abismaban sus ojos, distinguió una pared de rocas blanquecinas que parecía le llamaban provocándole á un viaje aéreo: no supo resistir á aquella atracción fatal, y debilitándose gradualmente el malestar que había sentido, se asomó y pudo inclinarse impunemente sobre el abismo; orgulloso por haber domado al monstruo, se entregó al placer de contemplar un momento una débil luz que aparecía á distancia de sesenta pasos y á unos treinta piés debajo de él. Esa luz salía del cuarto de Esteban, que había abierto la ventana y corrido las cortinas blancas, de manera que su lámpara, colocada detrás de aquel abanico transparente, pudiese servir de fanal á Gilberto sin temor de deslumbrarle.

—¡Me espera!—se dijo Gilberto.

Saltó por encima de la balaustrada, y bajó por la ondulante escalera con paso firme y ligero, como si no hubiese hecho otra cosa en su vida.

Hele ya en el tejado. Al estar allí tropezó con una dificultad. Aquel tejado que debía atravesar en toda su longitud, estaba cubierto una mitad de zinc y la otra de pizarras; la pendiente era tan rápida y resbaladiza que no permitía mantenerse de pié. Gilberto se sentó y permaneció un momento inmóvil para serenarse y fijar bien su itinerario. Á algunos pasos de allí se levantaba una enorme

claraboya con armazón de madera en forma de triángulo, que avanzaba hasta á dos piés del tejadillo. Gilberto resolvió encaminarse por aquel estrecho desfiladero, y de teja en teja, se lanzó en dirección de su objetivo. Fácil es comprender que avanzaba muy lentamente, tanto más cuanto que su brazo izquierdo, dolorido todavía, exigía cierto cuidado, pero con paciencia y maña pasó más allá de la claraboya y acabó por llegar sano y salvo al extremo del tejado, frente por frente de la ventana de Esteban.

—¡Dios sea loado, lo más difícil ya está hecho!—se dijo suspirando de gozo.

Pero contaba sin la huésped. En realidad sólo le faltaba bajar al tejadillo, atravesarle y encaramarse á la ventana, situada á la altura de un hombre; pero antes de bajar, era necesario encontrar algún sustentáculo, piedra, madera ó hierro, donde suspender la segunda escala de cuerda, arrollada á la cintura. Por desgracia nada encontró. Por fin, inclinándose, divisó en el ángulo exterior de la pared un gran modillón de hierro que servía para sostener el sumidero, pero con gran pesar suyo advirtió al mismo tiempo que el tejado grande resaltaba unos tres piés sobre la alineación del pequeño, y que suponiendo que consiguiera atar su escala al modillón, los últimos escalones quedarían colgando y flotantes en el vacío. Esta reflexión le hizo estremecer, y desviando sus miradas del precipicio, las dirigió hacia el remate donde creyó ver una pieza saliente de hierro. No se equivocaba: era una especie de ovario floreado que formaba el adorno de la arista. Sólo á costa de grandes esfuerzos consiguió encaramarse hasta allí, y cuando se halló sentado á horcajadas en la viga maestra, se detuvo algunos momentos para respirar y contemplar el extraño espectáculo que se ofrecía á su vista. Sus miradas abarcaban una inmensa extensión de tejados abruptos é irregulares; en todas partes había torreones con repisas adornadas con tejadillos en forma de apagador, paredes puntiagudas, esconces, cortaduras, ángulos entrantes y



salientes, cimbalillos calados, hondas rinconadas enteramente oscuras, chimeneas que parecían espectros, pesadas veletas que rasgaban la vía láctea con sus tallos de hierro y emplumadas flechas; encima del campanario de la capilla, una gran cruz de piedra que parecía estirar los brazos; aquí y allá la blancura del zinc interrumpiendo el azulado negro de las pizarras, á intervalos vagos reflejos, algunos aguazales de pálida claridad envueltos en opacas tinieblas y luégo las copas de tres ó cuatro corpulentos árboles más altos que los tejadillos, empeñados en sorprender los secretos de las buhardillas. Al brillante resplandor de las estrellas, los menores accidentes de la arquitectura dibujaban extraños contornos, y figuras fantásticas que se perfilaban en el horizonte como sombras chinescas; en torno, misterio, curiosidad, aterradora sorpresa. Aquellas sombras se inclinaban hacia Gilberto, le observaban, le interrogaban con la mirada. Unas decían:

—¿Quién es este? No será de los nuestros. ¿Qué viene á hacer aquí? No puede ser más que un ladrón atrevido, que va á forzar alguna ventana ó á descerrajar un secreter.

—¡Dejadle!—dicen otras.—¿No veis que es un amante afortunado? Su amada le aguarda; si antes no se rompió la crisma, se acerca su hora propicia.

—Pues no soy nada de todo eso—les contestó Gilberto.—Soy un infeliz que se pasa la vida devorando in-folios, á quien le ha ocurrido de pronto la idea de correr por los tejados para ir á resucitar á un joven que se muere de pena y de fastidio; podéis creerme bajo mi palabra, estoy tan admirado como vosotros de mi aventura.

Después de este mudo coloquio, dirigió de nuevo sus miradas hacia el precipicio, se dió el placer de contemplar las blanquecinas aguas del Rhin, que entreveía vagamente, desarrollando en la llanura sus ondulantes anillos, como enorme serpiente de reluciente escama, y prestó atención por un momento á su sonoro y lúgubre murmu-

llo, que parecía echar en cara su silencio á los perros guardianes, á los buhos, al viento y á las veletas adormecidas.

Apenas hubo recobrado el ánimo, Gilberto se acercó á aquel ornamento de relieve donde se proponía suspender su escala... ¡cruel decepción! sólo un mal clavo sostenía el equino, deteriorado por la intemperie: cedería infaliblemente al menor esfuerzo!

—¡Pues, señor!... no hay remedio; ¡me será forzozo pasar por la repisa!

Y aunque le costase mucho, adoptando resueltamente una determinación, impaciente por otra parte por haber perdido tantos pasos y un tiempo tan precioso en esfuerzos vanos, bajó del tejado con mayor presteza que había subido. En cuanto se halló abajo, desvaneciéndose con su fuerza de voluntad un nuevo ataque de vértigo de que se sentía amenazado, se echó paralelamente á la canal, y adelantando su cabeza y su brazo fuera del tejado, consiguió, no sin mucho trabajo, atar sólidamente la cuerda á la repisa de hierro. Hecho esto, lanzó la escalera en el espacio, y sin pararse á mirar cómo colgaba, giró suavemente sobre sí mismo, volviendo gradualmente la cabeza hacia el lado del tejado y sus piés hacia el lado de la escalera; una vez terminada su evolución, se dejó escurrir fuera del tejado hasta los sobacos permaneciendo así suspendido sobre los codos. ¡Momento crítico! ¡si un madero, si un clavo se rompieran!... Gilberto no tuvo tiempo para hacerse esta siniestra reflexión; estaba ocupado completamente en coger la cuerda que se le escapaba, y cuando por fin consiguió posar los piés en los travesaños superiores, asíóse fuertemente á la repisa, primero con la izquierda y luégo con la derecha, y desprendiéndose á su vez, se agarró á uno de los montantes de la escala.

—Para un principiante, no lo hago tan mal.

Emprendió su descenso, con el mayor cuidado; pero en el momento en que tropezaban sus piés con el tejadillo,



como se le ocurriera inclinarse para contemplar el vacío, sintió un mareo más terrible mil veces que el que ya había sentido antes. El valle entero empezó á dar vueltas en derredor suyo, como atormentado por un formidable vaivén que tan pronto le llevaba hasta el cielo como le abismaba en las entrañas de la tierra. Acelerándose á poco el movimiento, árboles y piedras, llanuras y montañas, todo se confundía en negro torbellino que se desencadenaba con creciente fuerza, y del cual salían relámpagos y globos de fuego. De pronto le pareció que le faltaba aire que respirar. Cerró los ojos y salió de su anhelante pecho un grito ahogado... ¡Esto es hecho! el torbellino pasando por encima de él acababa de lanzarle en el espacio. Perdió el conocimiento durante algunos segundos: ¡y cuál fué su sorpresa, cuando al abrir los ojos, se encontró de nuevo en su escalera! Se había aferrado con tal fuerza á ella que sus uñas habían penetrado profundamente en la cuerda, y había cogido entre sus dientes uno de los escalones superiores, donde se habían incrustado tan bien que le costó algún trabajo desprenderlos. Miró otra vez al valle, permanecía inmóvil; miró al cielo; las estrellas le contemplaban con benevolencia. Humedeció sus labios que despedían fuego, respirando con todos sus pulmones el aire de la noche que le pareció embalsamado. Lágrimas de contento surcaron sus mejillas, y en su natural arrebató, se puso á besar tiernamente el escalón que hacía un momento devoraba con los dientes. Vuelto en sí, para disipar la emoción que le causaba el recuerdo de su horrible pesadilla, recurrió al anciano Homero, y recitó de un tirón el pasaje de *la Iliada* en que el divino poeta describe el contento de un pastor contemplando los astros desde lo alto de una roca... En su vida, Gilberto volverá á leer estos versos sin recordar el dulce y terrible momento en que los recitó suspenso en el aire, divisando por encima de su cabeza la sonrisa infinita de los estrellados campos y bajo sus piés un horrible precipicio... En cuanto se sintió más tranquilo, se dispuso á continuar su

descenso al tejadillo de pendiente menos rápida que el otro y cubierto de tejas huecas que dejaban entre sí profundas ranuras; para mayor felicidad, la canaleja tenía sobrepuestos de trecho en trecho adornos de hierro empotrados en la pared y enroscados en forma de concha. Gilberto imprimió un movimiento oscilatorio á la escala, y en cuanto el balanceo adquirió bastante fuerza para que aquel columpio improvisado llegara á tocar la canaleja, con certero cálculo, desprendió de la escala el pié derecho y le plantó fuertemente al extremo de una de las ranuras; luego soltando la escala, con la mano derecha se agarró con presteza á una de las conchas. Un momento después, la escala, abandonada á sí misma, volvió á ocupar su sitio. Dieron las doce. Gilberto se quedó estupefacto; dos horas había empleado en su arriesgado viaje. Subir hasta la mitad del tejado, atravesarlo, trepar por la ventana, fué para él tarea de un momento; después de lo cual, retirando con su mano las cortinas:

—¿Me esperabais?—dijo con tierna voz lanzándose de un brinco en el aposento.

Apoyada la barba en las rodillas y la cabeza oculta entre las manos, se hallaba Esteban acurrucado al pié de las santas imágenes. Al ver y oír á Gilberto, se estremeció, se levantó de súbito y permaneció inmóvil, con las manos cruzadas por encima de la cabeza, el cuello estirado, los labios trémulos y dilatados por una sonrisa, chispeantes los ojos y arrasados en lágrimas. ¿Cómo pintar la extraña expresión de su fisonomía? Mil sentimientos diversos se reflejaban en ella. La sorpresa, el reconocimiento, la vergüenza, la inquietud, una larga esperanza cumplida, un resto de soberbia que presentía una derrota segura, obstinada incredulidad, obligada á rendirse, el desorden de una imaginación exaltada, las delicias del porvenir y los amargos recuerdos de lo pasado, todo esto se pintaba en su semblante con tal confusión, que al verle riendo y llorando casi á la vez, parecía que era su gozo el que lloraba



y su tristeza la que sonreía. En cuanto se dispó su primera turbación, lo que dominó en su semblante fué la gravedad, la emoción y cierta ternura soñadora y azorada. Retrocedió y se dejó caer en una silla al extremo de la habitación.

—¿Estoy aquí de más? ¿he de irme?—preguntó Gilberto permaneciendo en pié.

Esteban no contestó.

—Decididamente; ¡os disgusta la visita!—prosiguió Gilberto medio vuelto hacia la ventana.

Esteban frunció el ceño.

—¡Por favor, no os moféis!—dijo con apagado acento.—Lo que está pasando entre los dos es muy serio.

—La seriedad que prefiero—dijo Gilberto—es la de la alegría.

Esteban estrujó vivamente los cabellos entre sus enflaquecidas manos.

—¿La alegría?—dijo.—¡Quién sabe!... ¡tal vez la tendré! ¡Á fuerza de hablarme de ella quién sabe si... Por de pronto, creo estar soñando. El desorden de mis pensamientos me espanta. No me hagáis ninguna pregunta porque no sabría qué contestaros, y vuestra voz me incomoda, me irrita, me disuena. Dispensadme, pues, que calle y que os mire con atención.

Y acercándose á una larga mesa, hizo seña á Gilberto de que se sentara á un extremo, mientras él se sentaba al otro.

Tras prolongado silencio, se puso á pensar en alta voz, como si se reconciliara con el timbre de la suya:

—¡Ese porte atrevido, resuelto, esa mirada tan arrogante!... ¡esa sonrisa tan bondadosa!... Es otro hombre. ¡Ah! ¡qué error he cometido! No he sabido ver ni adivinar nada. Yo despreciaba, y odiaba, á quien Dios me envía para salvarme de la desesperación... ¡Ah! he aquí lo que ocultaba ese porte sencillo, igual, ese rostro cuya calma me irritaba, esa dulzura que yo calificaba de servil, esa inteligencia que me parecía pedantesca, esa jovialidad que to-

maba por bajeza de perro faldero... ¿Es el mismo hombre?

Calló un instante, y luégo con acento más firme:

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? ¡Es tan rápida la pendiente de ese tejado! Sólo el pensarlo, me estremece y da vértigo. Mientras os aguardaba he rogado á los santos que os protegieran. ¿Habéis comprendido en algún modo si os eran propicios? Quisiera saber á qué atenerme. ¡Me han faltado tantas veces á su palabra!...

Nueva pausa, durante la cual Esteban miraba á Gilberto con una fijeza que casi creyó molesta.

—¡Habéis arriesgado por mí vuestra vida!—prosiguió al fin el joven—¿estáis bien seguro de que sea yo merecedor de tanta abnegación? Vamos, sed franco. ¿Alguien os ha hablado de mí? ¿Ó bien á fuerza de estudiar mi carácter, descubristis en él algo que os interese? Contestadme y guardaos de mentir. Advertid que os estoy mirando de hito en hito, y sabré adivinar si sois sincero.

—Me dejáis atónito—contestó tranquilamente Gilberto—¿qué tendría yo que ocultaros? Toda mi sabiduría se reduce á dos puntos. Primero, sé que pertenecéis á la raza de las almas nobles; luégo, que sois muy desgraciado... ¡Ah! no; sé algo más. Sé, con toda seguridad, que siento por vos ardiente cariño, y sería yo muy desgraciado, si no correspondierais á él.

—¿Yo os he inspirado amistad? ¿Cómo puede ser eso?

—¡Vaya qué pregunta! ¿Quién es capaz de contestar á preguntas semejantes? Este es el gran misterio. Os quiero, porque sí; no sé daros otra explicación. Seguramente no será porque os deba grandes atenciones; todo lo contrario; alguna vez he tenido motivos de queja: pues bien, á pesar de vuestro desprecio, de vuestra altanería, de vuestra injusticia, no cesé de quererlos. Descifre ese misterio quien puso en nuestro corazón ese misterioso poder: la simpatía.

—¿Y por qué—dijo Esteban—esa simpatía no era reciproca? Yo, desde el primer día, os odio. No sé con qué ojos os miré, pero creí ver en vos un enemigo. ¡Ay de mí!



de mucho tiempo acá me he vuelto desconfiado y receloso. Aún ahora, todavía desconfío, y temo verme engañado por algún encanto, por alguna ilusión; creo y no creo, y me siento tentado á exclamar con un personaje de los Santos Evangelios: «¡Mi abogado, mi hermano, mi amigo, creo en vos; acudid en auxilio de mi incredulidad!»

—Vuestra incredulidad se curará por sí misma; algún día diréis con entera confianza: «hay en este mundo una alma, hermana de la mía, en la que puedo depositar sin temor todos mis cuidados, mis pensamientos, mis pesares, mis esperanzas; existe un sér que se ocupa incesantemente de mí, cuya gran tarea es mi felicidad; un sér á quien todo se lo puedo decir y confesárselo todo; un sér que me ama porque me conoce, y que me conoce porque me ama, vive conmigo, vive en mí; sabría, si fuese necesario, sacrificarlo todo, hasta su existencia, en el santo altar de la amistad!» Y entonces exclamaréis enagenado de gozo: «¡loado sea Dios! ya tengo un amigo! ¡Bendito sea Dios! ya sé lo que es amar y ser amado!»

Esteban prorrumpió en llanto:

—¡Ser amado!—dijo—palabra hermosa que no me atrevo á pronunciar. ¡Ser amado! ¡Jamás lo he sido! Supongo que mi madre me amaba, ¿qué digo? estoy seguro de ello; pero hace tanto tiempo de eso! Mi madre... es para mí una leyenda. Como si yo no existiera aún cuando la conocí. Recuerdo que me sentaba á veces en sus rodillas y me besaba... me besaba... Esas delicias no son de este mundo; he debido gozarlas en alguna estrella lejana donde los corazones no son tan duros como aquí, donde yo habité algún tiempo, ¡morada de paz y de inocencia!... Pero un día mi madre me dejó caer de sus brazos, y caí precipitado á esta tierra donde me aguardaba el odio... ¡Oh! ¡el odio! ¡le conozco! Esa segunda madre me ha mecido en sus brazos, me amamantó con su leche, me ha prodigado sus preciosas lecciones, veló por mí noche y día. ¡Oh! ¡qué maravillosa providencia es el odio! Todo lo ve, piensa en

todo, se acuerda de todo, está presente en todas partes, siempre en acecho, no conoce la fatiga, la displicencia ni el sueño... ¡El odio! es el amo de este castillo; manda en él, llena esos largos corredores, no puedo dar un paso sin encontrarle; aquí mismo, en este cuarto solitario, veo flotar su imagen por todos lados, en las tapicerías, junto á esas cortinas. ¡Cuántas veces por la noche, durante mi sueño, viene á sentarse encima de mi pecho, y puebla mis sueños de espectros y terrores! ¡Qué terrible suplicio verse aborrecido sin saber por qué! Porque habéis de saber que en mi primera infancia, ese padre que me aborrece, era un padre para mí. Me acariciaba raras veces, yo le temía, era severo, imperioso; pero era padre al fin, y aun en ocasiones se dignaba decírmelo. En ocasiones dejaba su gravedad; recuerdo que me sonrió alguna vez... Pero un día, día maldito, tenía yo entonces diez años; hacía un mes que mi madre había muerto... Siempre encerrado en su cuarto, pasó una semana sin que yo le viera. Dije á mi aya: ¡quiero ver á mi padre! Llamé á su puerta, entré, corrí hacia él... Me rechazó con tal violencia que caí y me lastimé la frente al dar contra el pié de una silla. Me levanté ensangrentado, me miró con desprecio, se echó á reír y salió. Mi imaginación se extravió, ¡qué trastorno en mis ideas! creí que se extinguía el sol y que se acababa el mundo. ¡Un padre que se ríe viendo correr la sangre de su hijo! ¡Qué terrible risa! ¡Desde entonces, se la oí algunas veces, y no he podido acostumbrarme jamás á ella!... Se me declaró una ardiente calentura y deliré. Me llevaron á la cama, y yo les gritaba á los que me cuidaban: ¡tengo frío! ¡tengo frío! calentadme... y mi helado cuerpo sentía un corazón que ardía, que se consumía, como atravesado de un hierro candente.

Esteban enjugó sus lágrimas con un bucle de sus cabellos, y luégo, apoyando los codos encima de la mesa, prosiguió con debilitada voz:

—No quisiera que os forjarais ilusiones. Me queréis y



me rogáis que os corresponda; esto es muy sencillo, la amistad se nutre con la correspondencia. Si no tuviese nada que daros, dejaríais bien pronto de amarme. Ahora, escuchadme. Ayer, por primera vez en mi vida, entré en cuentas conmigo, extraña ocurrencia que sólo vos habéis podido inspirarme; por la primera vez en mi vida me he examinado seriamente, he cogido mi corazón con ambas manos, le he observado como un médico observa á un enfermo, llegué hasta el fondo y le hallé como ajado, marchito, árido. Hace ya mucho tiempo que mi pobre corazón padece mucho, pero de un año acá ha sufrido una crisis terrible que le mató. Y ahora queda sólo un puñado de cenizas frías, buenas para echar al viento.

—¡Y qué! sois ortodoxo—le dijo Gilberto, con tono de autoridad—¿creéis en los santos, aunque sea á beneficio de inventario, y sin embargo no sabéis todavía que morir es sólo una palabra ó mejor dicho, una parada, un alto de la vida, un tiempo de barbecho, al cual suceden nuevas mieses? ¡Ignoráis, olvidáis que no hay cenizas por frías que estén, que si llega á soplar sobre ellas el viento del espíritu, no se las vea agitarse, levantarse y andar! Y si lo encomendáis á mi cuidado, os enseñaré que vuestra alma es capaz de rejuvenecerse, y renacer; con sólo deseárselo y quererlo, sentiréis despertar poderes desconocidos, que sin salir de vuestra naturaleza, transformándoos de día en día, os descubrirán en el propio sér eternas bellezas!

Esteban le miró sonriendo:

—¡Por lo visto habéis saltado por los tejados para venir á convertirme, como el padre Alejo!

—Convertiros... no sé. No me encargo de obrar milagros; pero la metamórfosis...

—¡Ah! ¡sí la metamórfosis de las plantas!—exclamó Esteban en tono de cariñosa ironía;—tal vez traéis también el libro...

—¡Eso es; de libros se trata!... Un día compré en casa de un tratante en semillas, una miserable cebolla de triste

apariencia, una bulba amarillenta cubierta de escamas que producían el ruido de hojas secas. Al llegar á mi casa, cogí aquella cebolla entre mis manos, y le dije: «¡Tú serás un lirio!» y me contestó: «¡Qué locura! Todo en mí está marchito y seco. Mírame bien, y te convencerás de que estoy muerto.» «¡Déjame hacer! exclamé; imploraré el auxilio de los poderes de la creación. Diré al cielo: dale de beber. Diré á la tierra: nútrela con tu jugo. Diré al sol: caliéntala con tus rayos! Y con esto, la pobre planta que se cree muerta resucitará, surgirá del sepulcro, vivirá, crecerá, y la gloria de su florecimiento deslumbrará mis ojos...» Yo decía la verdad. Aquella triste raíz, depuesta en el seno de la tierra, se sintió trabajada por una especie de dolor de no ser, como por un deseo de existir; este deseo, este dolor, engendraron un alma, y esta alma nació y entró en el período divino de las metamórfosis. Á la vez inmutable y distinta, concentrándose en sí misma ó dilatándose con las pulsaciones de misteriosa fiebre, brotó á la luz, bajo la forma de largas y vacilantes hojas, luégo se irguió el tallo fino y delicado, y ese tallo abriéndose en el extremo y coronándose con una diadema de plata, ofreció á la vista una flor deslumbradora cuyos perfumes aspiran los aires con delicia... ¡Oídmel! ¡hermoso y cándido lirio! ¡Creed en los jugos nutritivos de la tierra, en los refrigerantes rocíos del cielo, y sobre todo en los esplendores del sol, y mirad primero!... En este pecho, en este corazón que os ama, os traigo un rayo de ese sol omnipotente. ¡Ah! bebed á grandes sorbos la luz y el calor, y un día, también vos floreceréis, os lo juro, bajo las miradas de la bondad eterna.

Esteban se echó á llorar otra vez.

—No sé si me engañáis —murmuró—pero con tal acento, mirándome así... mirándome así, sobre todo...!

Luégo, conteniendo su llanto:

—Mucho habláis de mi alma; pero ¿y mi vida, mi destino, hallaréis también el secreto de metamorfosarlos?



—Le buscaremos entre los dos. Algo sé sobre este particular. Pero no hay que apresurarse. Antes de emprender esa tarea, es preciso que sanéis y recobréis las fuerzas.

—¡Qué ingrato soy!—exclamó Esteban.—¡Mi destino! desde hoy ha cambiado. Sí, desde este momento, ya no estoy solo en el mundo. Vacío horrible donde me consumía, desesperación que con vuestras sombrías alas pasabais la noche revoloteando al rededor del joven abandonado, acabasteis para siempre, me veo libre de vosotros; el instrumento del suplicio está hecho pedazos. ¡De hoy más, creo, espero, respiro!... Pero no olvidéis, amigo mío, que para mí será vivir veros, oiros y hablaros. ¿Podréis venir aquí con frecuencia?

—Cuántas veces sea prudente;... dos ó tres á la semana. Elegiremos bien los días, consultaremos el cielo, los vientos y las estrellas. Los demás días, á las horas propicias, poniéndonos ambos á la ventana, nos comunicaremos por medio de signos convencionales, porque me parece que vos lo mismo que yo, tenéis la vista muy fina... Escuchad, yo sé el lenguaje de los sordo-mudos; os le enseñaré, y si alguna vez me decís por señas: «¡Estoy triste, estoy enfermo, á cualquier precio venid esta noche...!» ¡pues bien! á pesar de lo que puedan decir el aire y las estrellas...

—¡Ah! ¡gran Dios!—dijo Esteban interrumpiéndole—¡exponer locamente vuestra vida!... ¡antes la muerte! Maldito sea yo si jamás por un capricho... ¡Ah! no... no; desistid... Pero, decidme por favor, ¿esa felicidad que me prometéis, cuánto tiempo durará? El día que recobréis vuestra libertad...

—Yo debo pasar aquí dos años, tal vez tres. De mí depende prolongar mi estancia en la casa. Suceda lo que quiera, antes de irme, vuestro destino habrá cambiado. Poco há os decía que confiárais en el sol; confiad también en lo imprevisto.

—¡Lo imprevisto!—exclamó Esteban—¡creo en él, desde que os ví entrar por la ventana!

De pronto, poniendo la mano sobre el corazón, cerró los ojos, perdió el color y soltó un gemido. Gilberto corrió hacia él, pero rechazándole con suavidad:

—Nada temáis—le dijo Esteban—¡la alegría!... la siento aquí, me abraza... dejadme saborear un sufrimiento tan nuevo y tan dulce para mí.

Permaneció algunos minutos con los ojos cerrados; luego moviendo su encantadora cabeza, prosiguió en tono festivo:

—Sentaos allí, y enseñadme el lenguaje de los sordomudos.

—¡Imposible!—contestó Gilberto—es hora de irme...

Esteban se incomodó y dió con el pié en el suelo.

—Enseñadme á lo menos las dos primeras letras; si no sé la *a* y la *b* no podré cerrar los ojos en toda la noche.

Gilberto tuvo que acceder á este impetuoso capricho. Después de terminada la explicación:

—¡Otras dos letras!—dijo Esteban—y quedamos en paz; pero á cualquier precio deseo saber todavía otras dos letras.

Cogiéndole Gilberto por el brazo, le llevó á la ventana; retirando la cortina, le señaló las estrellas que palidecían y la blanquecina claridad que asomaba por el horizonte. Entonces, cambiando de tono, pero siempre arrebatado por su ardiente naturaleza, que daba á todas las impresiones de su alma el carácter de la pasión, Esteban experimentó una violenta agitación ante la idea de los peligros que iba á arrostrar su amigo.

—Quiero acompañaros—le dijo—quiero ver qué peligros corréis al venir aquí. Para bajar del tejado grande al pequeño habéis debido servirlos de una escala, quiero verla, quiero cerciorarme de que es sólida.

—No temáis nada, todo lo he previsto.

—¡Cuando os digo que quiero verla! no creeré más que á mis ojos y á mis manos. ¿Dónde está esa escala? es absolutamente necesario que la vea.



—Y yo os prohibo que os encaraméis á esa ventana. Creedme bajo mi palabra, la escala de cuerda es nueva y sólida.

—¡Ah! ¡Dios mio!—exclamó Esteban como herido por una idea súbita.—Apostaría que la habéis atado á la repisa grande de hierro que asoma el pico, en el ángulo de la pared. Y hace poco que estabais suspendido en el vacío fiando vuestra vida á una mísera cuerda flotante! Pero ¡qué necio he sido!... Nada de eso se me ocurrió.

Y con gran admiración de Gilberto, añadió:

—No me amáis todavía lo bastante para tener derecho á semejantes aventuras!

—¡Por favor, un poco de calma!—le dijo Gilberto.—¡Poco há parecíais tan tierno y dócil! Pero es menester ser precavido; Iván podría despertar y subir.

—Estas paredes apagan los sonidos y las baldosas son muy recias; entre este cuarto y la escalera, media la alcoba, un vestíbulo y dos grandes puertas cerradas; y entre el ramal de esa escalera y la jaula de mi carcelero, un largo corredor. Luego que es capaz de todo, menos venir á rondar por la noche al rededor de mi aposento; ¿pero qué importa? Venga si quiere á sorprendernos. Me resigno á todo antes que permitir que volváis á poner los piés en esa horrible escala! Si;... creedme bajo mi palabra, si infringís mi prohibición, ahora mismo me tiro por la ventana.

—¡Qué despropósito!—replicó Gilberto con severidad; —á todo trance he de salir de aquí. Puesto que tan mal os parece que me sirva de la escala, en lugar de decir mil locuras, discurrid un medio...

Esteban se dió una palmada en la frente.

—Ya he descubierto uno—contestó:—en frente de esta ventana, al otro lado del tejado, hay otra; si conseguís abrirla, os facilitará sin duda la entrada á unos graneros abandonados. Hasta dónde podréis llegar por esos graneros, no puedo indicároslo con seguridad; Iván me dijo que

llevó allí algunos muebles viejos, y no pudo dar luego con la entrada; pero indudablemente hallaréis alguna claraboya por donde salir al tejado grande á mitad del camino de vuestra torre y esto nos evitará muchas penas y peligros. ¡Oh! ¡si eso fuera como he dicho, cuán orgulloso estaría de mi descubrimiento!

—Así os quiero yo—le dijo Gilberto;—tranquilo y razonable en lugar de encabritaros como un caballo blando de boca.

—¿En recompensa, vais á permitirme que os acompañe?

—¡Dios me libre! Y si os ocurriese la mala idea de prescindir de mi consentimiento, os juro que no volveré aquí jamás.

Viendo que Esteban se rebelaba y desesperaba, Gilberto le cogió la cabeza entre las manos y atrayéndole á sí le besó paternalmente en los cabellos. Este beso le causó profunda impresión, y con ella espanto; Esteban se estremeció de piés á cabeza y dejó escapar un grito.

—¡Qué torpe soy!—le dijo Gilberto con inquietud;—¿os habré lastimado sin querer?

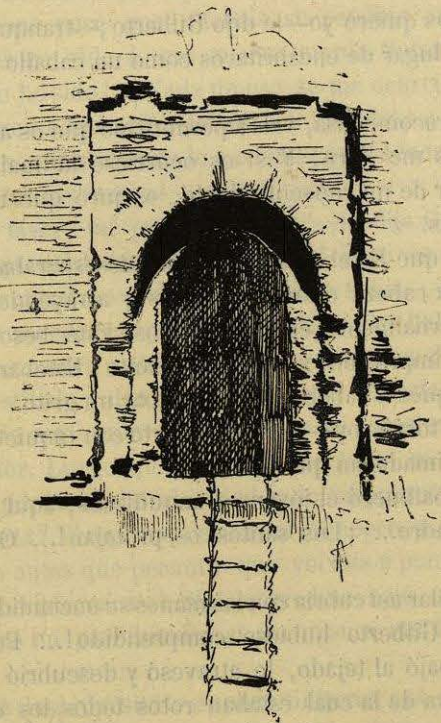
—No—balbuceó el joven—tranquilizaos; aquí me besaba mi madre... ¡Los santos os protejan!... Os amo... ¡Adios!...

Y al hablar así cubría con las manos su encendido rostro.

¡Ah, si Gilberto hubiese comprendido!... Pero nada adivinó; bajó al tejado, le atravesó y descubrió á tientas una ventana de la cual estaban rotos todos los cristales, por lo que no le costó trabajo abrirla. Apenas entró en los graneros, encendió la bujía que por precaución llevaba en el bolsillo. La pieza en que acababa de entrar era un mal desván de tres ó cuatro piés de anchura. En frente de él, divisó cuatro ó cinco escalones, subió por ellos y abrió una puerta sin cerradura. De allí se pasaba á un vasto corredor, que al otro extremo no tenía ninguna salida visible; estaba poblado de arañas y ratas y atestado de muebles viejos y desvencijados. Gilberto comprendió que se halla-



ba en la buhardilla que recibía la luz por la claraboya grande. La aldabilla que cerraba el postigo estaba tan alta que no podía llegar á ella con la mano. En un rincón había una mesa vieja y coja, cubierta de triple capa de polvo. Acercóla Gilberto á la claraboya, é igualó los va-



cilantes apoyos, valiéndose de los restos de una antigua vasija. Una vez desprendida la aldabilla, subió al tejado y apoyándose en uno de los postes salientes del frontón, volvió á colocar en el alféizar la contraventana que sujetó lo mejor que pudo; después de lo cual se encaminó de nuevo en dirección del tejado pequeño, porque antes de volver á su cuarto, era necesario á toda costa quitar la escala, irrefutable testigo que hubiera denunciado su hazaña.

Mientras, tendido boca abajo, se ocupaba en esa delicada operación, Esteban no abandonó la ventana y temblaba como la hoja en el árbol, mordiendo el pañuelo. Cuando hubo retirado la escala, Gilberto le gritó:

—¡Qué graneros, amigo mío! desde hoy, este viaje será para mí como una romería.

Cuando se encontró en su balcón, empezaba á despuntar el alba, y una lechuza que volvía de cazar pasó por delante de él, y se metió en su nido. Gilberto saludó con la mano á aquel aventurero nocturno del cual se reconocía compañero, y de un salto se metió en su cuarto. Cinco minutos después dormía profundamente.

En el mismo instante, Esteban, contemplando las santas imágenes que con tal furia había golpeado, exclamó con apasionado acento:

—¡Oh san Jorge! ¡San Sergio! ¿me ayudaréis á guardar mi secreto?

